

precaban la vida, fuéranse á la guerra, que allí hallaran la verdadera privacion. Si querian abandonar la materia, fuéranse á sufrir el cerco de un año, y para librarse de las tentaciones de la carne, tentaran una ó dos picas de nieve en medio de los Alpes, como yo he tentado, vive Dios; y si los años son escalas para subir al cielo, fuéranse á escala vista paseando de tiro en tiro; andaos á justificar albedríos, á salvar inocentes y castigar culpados, cuando la guerra no repara en muertes, robos, latrocinios y otros delitos de esta clase. Entrad saqueando un lugar, preguntando por los buenos para salvarlos, y por los malos para castigarlos; juro á Dios que si los santos se pusieran delante, los desnudáramos, cuanto y más los hombres. Los argumentos de los filósofos y teólogos se escriben con tinta, pero los nuestros con sangre; y pocos se libraron de la guerra dos veces sin dejar los ojos, las orejas, los brazos y la vida, que es lo más seguro. Aténgome á la ciencia del señor licenciado, que á pura petición pide para sí el dinero, y da la justicia á quien la desea. ¿Hay mayor felicidad que dar parecer á la parte que saque el dinero de su faltriquera y lo ponga en la mia? Esta sí que es materia para reír, forma para llorar, y privacion para sentir. Dice el señor filósofo: Saber vivir es saber obrar; pues ¿hay obra más cierta que la del derecho? Los letrados juegan al hombre, dejan á las partes que lo sean; báldeles los reales, que son los reyes de la baraja de Baldo, y no hay pleito que no se lleven de codillo. ¡Ah, señor licenciado! cómo gustara yo de que usted diera un parecer sobre un tiro de artillería, para que caminase por derecho al enemigo.

Mi letrado no respondió palabra, por ser hombre pacífico, y nunca hablaba solo, acompañado de los suyos sí. Yo celebré la academia, haciendo juicio conmigo de los muchos que habian hecho ellos encontrados. Empecé á abrir los ojos del entendimiento, noté la moral doctrina del filósofo, la intelectual del teólogo, y sobre las dos la del estado, á quien acuchillaba el soldado con la suya; y siendo cada una de por sí buena, nunca se pudieron acordar. Eché de ver entonces que la sabiduría era un instrumento acordado, cuyas cuerdas sutiles los músicos humanos tocan á tiento, y de aquí me pareció nacia la desigualdad de voces en los maestros, porque cada uno tocaba como le sonaba mejor al entendimiento; sola la música de mi letrado me pareció que totalmente desacordaba todas, y aun las tenia sujetas, pues ninguna dejaba de entrar en su jurisdicción. Dióse fin á la academia, y cada uno se fué á prevenir su viaje para la corte.

CAPITULO VI.

Sale de Carmona don Gregorio, y cuenta lo que le sucedió en una venta de Sierra Morena.

Seis dias estuvimos en Carmona, y en ellos mi juez averiguó causas á puro sacar efectos, soltando presos sobre fianza, y haciendo otras diligencias, que omito por no embarazar mi historia. Parecióle á mi juez y letrado que ocupásemos el coche que venia vacío, y

que los criados fuesen en nuestras mulas; pagamos la posada, y salimos todos juntos con harto gusto de los del lugar, que rogaban á Dios los sacase de tanta justicia. La niña pretendió pasarse á nuestra carroza, pero yo la dije no era tiempo, respecto de la compañía. Llegamos por nuestras jornadas reales, pues ellos nos llevaban á una venta que saltea en Sierra Morena; salíonos á recibir ó á robar, que todo es uno, el ventero, descendiente por linea recta del mal ladrón, pero él era el mayor y mejor de su linaje. Traía por barba un bosque etíope, y cazaba con los ojos vidas, sirviéndole el sobrecejo de arcabuz, con que tiraba á matar al vuelo. Servíale de montera un paso de cuenea, y por capote traía una docena de palmillas; era tan alto como seco, y tan moreno como la sierra; con un ojo miraba al sur, y con otro al norte, y atravesaba con ellos del este al oeste. Era príncipe de los salteadores, pues venía de caza con su arcabuz en la mano, y en la pretina una docena de perdices ganadas para él. Al primero que saludó fué al escribano, y no sé si se conocían, ellos lo saben, y yo también. Doña Beatriz se desmayó de verle; el juez dijo: De buena gana mandara yo colgar este ladrón. El arbitrista respondió: El mundo se ha de perder por un ventero, si el estado no los quita del mundo. El filósofo replicó: Si nació debajo del signo de Mercurio, déjenlo. El soldado dijo: Por vida del diablo, que estoy por hacer una buena obra al alma de este ventero, sacándola de su mal cuerpo. El fraile respondió: Nadie condene lo que no crió; este se puede salvar en su oficio si obra bien; cristiano es, y su libre albedrío se tiene como el más pintado. Hecho salvados, dijo el soldado, bien puede ser, padre mio, pero no de otra manera.

Ellos estaban en esta plática, cuando se apeó de un caballo un mancebo de buen talle, si bien su vestido, aunque mostraba reirse por una parte, por otras lloraba; era, como pareció despues, poeta de los que hacen versos á costa del sexo. Apartóme á un lado, y pidióme relacion de toda la compañía; yo se la di brevemente, y él quedó tan capaz de todo, que hablaba con mis amigos de la misma forma que si hubiera venido en su compañía mucho tiempo. Llegóse al escribano, y dijo: Señor secretario, déle con la pluma á las perdices, volarán al asador. Dicho y hecho, ya la huéspedela las ponía á perdigar; calificaron todos á nuestro poeta por hombre de buen humor, como lo son todos, y prosiguió diciendo: Pluma de escribano es pluma de ave imperial, que en tocando á las demás, se consumen todas, y ella queda libre.

El ventero puso una mesa triangular, y en ella unos manteles de Etiopia. El poeta no pudo creer sino que habian desollado algun negro, y nos le vendían por tela. En medio de la mesa puso por salero un pedazo de medellin, salado á las mil maravillas. Un jifero, que podía desjarretar un toro, ocupaba la mejor parte de la mesa, y á su lado tres platos, tan faltos como quebrados, y con gran devocion en el suelo estaba un jarro ahogado en mosto. El vaso era primo hermano del

salero, pero tan hondo, que el bajel que nadaba en él iba seguro de bajío, pero no de tormenta. Alumbraba la mesa un candil, tan cansado de vivir, que daba parasismos á cada instante. Gruñía de cuando en cuando un animal de bellota, y debajo de la mesa andaban dos hijuelos suyos por derribarla. Tres galgos y un mastin estaban de rodillas por los piés aguardando con gran devocion las reliquias de la cena. Gato no vi, porque el amo lo era. Distaba la mesa de la caballeriza cosa de una cuarta, y en ella estaban dos músicos apuleyos, entonando un rebuzno tan bien como dos necios la risa cuando las carcajadas vienen de golpe y con rocío. Estaba colgada la cuadro de una colgadura de humo, labrada en los países del infierno. Tocaron á cenar con el cabo del jifero, de la librea del vaso, y entonces salió á vistas la ventera. Era la madre de los pigmeos, engerta en Galicia; yo entendí que venía de rodillas por servirnos con mas devocion; pero como vi que pedía favor para subir el plato á la mesa, la tuve lástima, pero no cuando nos miró de trino con una cara de pellejo ahumado y una alquitarra por nariz; los ojos parecían espirituales, porque miraban hácia dentro. Por dedos traía unos palos de escorzonera por mondar, y por cabello un vellón de lana churra. Doña Beatriz sacó un pañuelo de holanda, y dijo: Tía, lléguese al norte y deje la Noruega. Crítica es usted, mi señora doña Beatriz, dijo el poeta; bien hace de hablar culto, que la posada no es muy clara. No sacaremos esta mesa á campaña, dijo el soldado. No será malo, le respondí, que nos ahogamos de calor. Padre mio, dijo la vieja, síquenos de este purgatorio. No puedo, señoras, que es el infierno, respondió el fraile. El soldado alzó la mesa en alto como bandera, y dió con ella en el portal de la venta, cubierto con el manto azul. Empezamos á trinchar con los dientes las perdices; el poeta se puso á mi lado, y como si hubiera salido de un pesado cerco, así despachaba las inocentes aves; el ventero nos echaba de beber, y con una pierna de perdiz hizo la razon seis veces, no habiéndola tenido en su vida sino cuando bebía. Por cierto, dijo el filósofo, que están sazonadas las perdices, y que merecía el ventero ser cazador de un príncipe. Si yo supiera, dijo él, que habia de tener tan honrados huéspedes, yo trasladara la sierra á la venta. Bien áspera y espesa es ella, dijo el poeta, la voluntad le agradecemos.

La niña no hacía sino regalarme á vista de mis competidores, y el soldado la dijo: No regale usted al señor don Gregorio en público pudiendo en secreto. Yo le respondí que un favorecido podía favorecer ó convidar muchos, que recibiese de mi mano la parte que le concedía mi cortesía. El me respondió que no gustaba de favores por segunda mano. Yo le dije que pues no los recibía, que callase cuando los viese en poder de su dueño. Eso será si yo quisiera, replicó él echando mano á la daga. Yo levanté el plato, y sin ser platina, quise ser coronista de su vida, escribiendo con sangre su misma descortesía. Alborotáronse todos, y cada uno fué á tomar su espada, unos por via de paz,

otros por via de guerra. Pero como el escribano se levantase á buscar sus armas, tinta y papel digo, y diese en el candil y nos dejase á oscuras, cada uno daba tajos y reveses sobre la mesa, llevándose el jifero, salero y demás sabandijas. Ténganse al Rey, decía el juez, y la vieja: ¡Ay, que se matan sobre mi sobrinica! Acudan antes que rancen y pidan suelo. El fraile con voz majestuosa, orgánica y grave, dijo que no se pudo hacer el mundo sin mujeres, notable sexo. El soldado daba voces, diciendo: Huésped, encienda luz, buscaré á moco de candil á mi enemigo. La niña se abrazó conmigo, diciendo: ¿Qué es esto, señor don Gregorio, adónde está su prudencia de usted? Si quiere quitarme la vida, máteme á pesadumbre. Y diciendo y haciendo, se quedó desmayada en mis brazos, á tiempo que el mesonero y su mujer se pusieron á mi lado, uno con el candil, y otro con una tea ardiendo. Yo estuve por desmayarme de verlos, porque me parecieron dos demonios que venían á tentar á doña Beatriz ó á llevarla antes de tiempo. Acudió la vieja con un jarro de agua, roció la dama, y volvió en sí, á tiempo que el poeta acababa de pintar su desmayo en un soneto, y dijo que le pesaba hubiese vuelto tan presto, porque habia empezado una cancion. Ya mi juez, letrado, fraile, filósofo y estadista habian sacado fuera de la venta al soldado y reducidole á que fuera mi amigo. Yo lo rehusé, pero hube de casar mi amistad por fuerza, con intencion de pedir divorcio cuando me pareciese. Salimos fuera de la venta, y cada uno tomó asiento sobre su capa. Pidieron al poeta dijese el soneto, que fué el que se sigue:

Desmayábase el sol porque su tía
Le puso en venta los divinos ojos,
Y si fueran fingidos sus enojos,
Desmayarse pudiera cada día.
Lo colorido entre la nieve ardía,
Y dando amor en su coral de ojos,
Bebió ciego los líquidos despojos,
Que Dafne se perdió por bobería.
Martirio celoso esgrime su cuchilla,
No carta de la muerte, pero rayo
De las nubes morenas de Sevilla.
Adonis pide con la silla el Bayo;
Y se duda, picando á cordobilla,
Cuál será jabali de este desmayo.

Celebramos los versos, acomodóse cada uno sobre su ropa para dormir en el portal de la venta, bien que en ella habia dos camas, la caballeriza y el pajar, pero las dejamos para la chusma. El poeta dijo: No son estos colchones á propósito para las musas. Parécese á los de mi celda, respondió el fraile. De poco se espantan, dijo el soldado; bien se ve que no han dormido en campaña. ¿Qué mayor campaña ó guerra, replicó el poeta, que dormir en una venta en medio de Sierra Morena? Dormamos, dijo el juez, que son las noches cortas. La vieja y la niña se acomodaron junto á mí por huir del soldado. Empezaron algunos á roncar, digo, á tocar el clarín de bellota, y el que lo hacía infernalmente era el alguacil; podía ser chirimía de Lucifer. El poeta dijo: Mal año para el órgano de Apuleyo; ¿quién ha de dormir oyendo esta música? ¿De esta se

admira? respondió el escribano; si el juez entonare la suya oírá maravillas. Empezó el ministro á llevar el contrabajo al alguacil, y por mas que nos tapábamos las orejas, no podíamos divertir el ruido; y sin duda nos sirvió de agüero, pues dentro de una hora dieron sobre nosotros treinta bandoleros, hermanos del ventero; los dormidos recordaron, y aun los despiertos, á tiempo que tenían atadas las manos, y aun los piés, y no tuvimos lugar de tomar armas ni de ponernos en defensa. Apartáronnos fuera de la venta un cuarto de legua del camino; doña Beatriz lloraba, la vieja gruñía, el poeta glosaba, el soldado juraba, y todos íbamos como ovejas al matadero.

Empezaron los ladrones á limpiarnos la ropa, y por hacerlo con mas comodidad nos la quitaron del cuerpo, y nos fueron atando uno á uno á su árbol, haciendo una alameda de penitentes en camisa. Doña Beatriz quedó en enaguas, y la vieja en manteo; hubo pareceres de llevarse la niña, pero por no llevar la tía, la dejaron. Apartáronse un poco de nosotros para hacer junta sobre nuestras vidas; entre tanto estaba la justicia pidiendo misericordia, mejor allí que en la jácara; fueron poco á poco desviándose mas, cosa de cuatro tiros de mosquete, y aun de allí temíamos los suyos. Doña Beatriz y la vieja se deshacían á lágrimas; yo las consolaba, como amante que aguardaba, sin coronarme de favores, las flechas de la hermandad. El escribano decía que un astrólogo alzó figura sobre él, y le dijo que había de morir en un palo, y que sin duda se llegaba la hora. Mire lo que habla, Arenillas, dijo el juez, que si saben los bandoleros que hay en la compañía alguacil, escribano y juez, acabarán con todos. El fraile dijo: No nos podía suceder menos con tantos votos, tantos reniegos, tantas ninfas, tantos versos, tanta justicia, tanto estadista, y sobre todo tanto baldo, escribano y alguacil. En fin, cada uno se encomiende á Dios, y si los bandoleros volvieran, no serán tan crueles que no me concedan confesarlos. Los cocheros y nuestros criados estaban atados criminalmente, y renegaban á pesar de la doctrina del fraile. Quien mas se quejaba era nuestro abogado por haberle dado garrote en una pierna; entendí que diera su alma al derecho, segun alegaba de su justicia. Como la noche estaba algo oscura, parecíamos encamisada de difuntos; y si como era verano fuera invierno, lo fuéramos de veras. No obstante, se le antojó al señor cielo relampaguear, y poco á poco empezó la artillería celeste á hacer su oficio, dándonos una carga de granizo y agua tan fuerte, que nos puso como ánades sobre estanque, pero no tan libres. ¡Válgame nuestra Señora de las Aguas, decía el fraile, y qué nublado tan cruel ha caído sobre nosotros! El soldado respondió: Calle, padre, no se enoje, llévelo con paciencia, ganará el cielo. La vieja empezó á quejarse de su madre, que la traía consigo desde que nació. ¿Vienen esos bandoleros? dijo el juez. No parecen, respondió el escribano. ¿No hay alguno que se pueda desatar á sí mismo? replicó el fraile. Desata por ahí, respondió el cochero: No trate de eso, padre mio,

que los bandoleros nos ataron á prueba, y estése. Hermano, ¿quién os mete en puntos legales? dijo el letrado; tratad de vuestro oficio, y no os metáis en términos de justicia. Amaneció el Señor con su luz, y cuando nos vimos los rostros, reíamos y rabiábamos á una; estábamos perdidos, con unas caras deslavadas, dando diente con diente como si fuera en diciembre. El alguacil tendió la vista por un ribazo, y entre unos jarales divisó un bulto; empezó á darle voces, y respondió el eco lo que bastó para consolar la compañía. Ibase llegando á nosotros un zagalejo, que guardaba unas yeguas en lo alto de la sierra, y admirado de ver tanto bulto blanco, se detuvo, pero asegurándose de nuestra desgracia, nos desató á todos y guió á la venta, donde llegamos sin aliento.

Hallamos al ventero y su mujer llorando nuestra fortuna; reparámonos lo mejor que podimos con la poca ropa que dejaron en la venta los bandoleros en el coche olvidada, en tanto que llegábamos á parte donde pudiéramos vestirnos. Dióle á la vieja su mal tan fuertemente, que se ahogaba; acudí á su remedio, y la maldita madre quería dar cuenta de la hija. Ella me dijo: Hijo mio, yo me muero, pregunte si hay una ventosa, que en el ombligo es todo mi remedio; de no, mi hora es llegada. Yo pregunté á la ventera si la tenia; díjome que no, pero que podía servirme de un orinal; yo con la priesa no reparé si le seria á propósito; pedí estopas, metíle cantidad, y dí con mi orinal en la barriga de la vieja. Dios nos libre, tiró tan fuertemente, que se llevó tras sí las entrañas de la pobre Matorralba; yo que vi el vidrio lleno de tripas, eché á correr dando voces, llamando al fraile que la confesase. Acudió él, y como vió el espectáculo, llamó á la ventera, diciéndole que le quitase la ventosa. ¡Ay, señor! dijo, esa le ha dado la vida; déjela su merced sosegar con ella una hora. Entró doña Beatriz, y con diligencia arrancó el orinal relleno, y dijo la vieja: No hagan burla, por vida de Beatrícica, que si el señor don Gregorio no me socorre con la ventosilla, me muero. Salimos de la venta tan vestidos como desnudos. Llegamos á Juan Abad, y el cochero tomó sobre su crédito el dinero que fué menester para reparar nuestra desgracia. Lo que nos sucedió hasta llegar á Toledo, y de allí á la corte, pretendo pasar en silencio por ser coronista de mayor, que no todo se puede escribir, ni menos oír.

CAPITULO VII.

Llega don Gregorio á Madrid y da cuenta de lo que le sucedió con un pariente suyo y con un alguacil de corte, y otros sucesos.

Llegamos á Madrid, en cuyo océano tomó cada bajel diferente rumbo; doña Beatriz y la vieja dijeron que traían cartas de Sevilla para cierta amiga suya que vivía en el Avapiés, que fuese con ellas para saber su posada; hícelo así, y despues tomé la mía en la calle del Príncipe por gozar del nombre. Diéronme un cuarto bajo, tan pariente de la calle, que mas compañía tenia con ella que conmigo; no salí de casa en dos dias, procurando acomodarme á uso de corte. Al tercero, es-

tando el sastre vistiéndome, entró en mi cuarto un hombre de buen talle, vestido de terciopelo liso, un candil por sombrero, y con los brazos abiertos se vino á mí diciendo: Señor don Gregorio, don Gregorio y señor, primo de mi alma, don Gregorio de mi vida, don Gregorio de mis entrañas, ¡es posible que os veo, don Gregorio! No lo puedo creer. Yo quedé espantado de tanto Gregorio y de tan prima amistad; preguntóme si le conocia; yo le respondí que no me acordaba haberle visto en mi vida, y era verdad. Yo lo creo, me dijo; pero yo conozco muy bien á vuestro padre el doctor Guadaña, á la comadre de la Luz, á Ambrosio Jeringa y á Quiterio Ventosilla. Yo, que oí desensartar mi honrada genealogía, le dije: ¿Quién es usted, que le quiero conocer? Y él respondió santiguándose: Yo soy... válgate Dios y lo que has crecido, don Cosme Longobardo, hijo de Longobardo Paulin, primo hermano de don Carlino Montiel, pariente en cuarto grado de su padre el doctor Guadaña: ¿no me conoce? Yo le dije: Señor mio, los parientes están disculpados cuando por flaqueza de memoria no se acuerdan ó no conocen á sus deudos; si yo lo soy de usted, me tengo por venturoso en haberle conocido. Vístase, me dijo, que como nuevo en la corte tiene necesidad de padrino. Hícelo así, y entre tanto todo se le iba en admiraciones, diciendo que era un vivo retrato de mi padre. Entró la huéspeda en esta pintura descubriendo la suya, tal, que solo le faltaba estar revuelta al árbol del Paraíso engañando á Eva, por ser la carita engerta en serpiente. Díjole á mi nuevo primo: Señor don Cosme, ¿conoce usted á este caballero? Señora Mari Alfonso, respondió él, conozco al señor mi primo don Gregorio Guadaña, y por cartas que tengo de Sevilla sé que venia su merced á esta corte. ¿Que su primo es? dijo la huéspeda, séalo por muchos años. Dió una vuelta al aposento y fuése.

Salimos á dar el primer chasco á la corte; díjome mi nuevo pariente: Oye, primo, los galanes no deben vivir sin amor; si quiere galantear una de las mas hermosas damas de Madrid, véngase conmigo. Dicho y hecho; llevóme á una casa donde vivian tres doncellas, una mas firme que otra; dos madres, tres tias y cuatro criadas; llamábase la mas hermosa doña Angela Serafina de Bracamonte, y celebraba los dos nombres soberanamente por lo ángel y serafín. No vi en mi vida tan aseada ninfa de Manzanares, emulacion del Tajo, con licencia de las señoras toledanas. Mi primo sirvió de relator en el consejo de Venus, informándola de mi calidad y persona en el pleito de pretendiente. Inclínose el tercer planeta á dar oídos á mi justicia, y preguntóme si tenia mas probanza que dar. Díjele que no; pedí libertad, pues me hallaba preso, y respondíome: Por ahora, señor mio, á prueba, y estése. Entró una criada al dar la sentencia con otra peor, y dijo: Señora, el platero trae aquella sortija de diamantes: ¿entrará, ó no? No entre, respondió la madre; bastan las que tienes, niña, sin empeñarme ahora en cincuenta ducados. Parecióme que seria descortesía no pagarlos, y dije: Si mi señora doña Angela quiere favorecerme con poner-

N-n.

se en mi nombre la sortija, me tendré por venturoso haber llegado en esta ocasion. Mi primo dijo: Entre el platero, que yo la suplicaré ciña una de sus diez azucenas con los tres diamantes. Saqué de un bolsillo los cincuenta ducados, pagué al platero, y fuése, dándome mi dueño un liston verde en pago de la sortija. No tardó mucho de entrar otra criada, diciendo que el lencero traía la pieza de Holanda que le habian pedido; la tía dijo que de ninguna suerte la habia de comprar á diez y seis reales la vara, que era muy cara. Yo la dije que tenia necesidad de unas camisas, y gustaria se las brasen en casa. Mi serafín dijo: si el señor don Gregorio gusta de ello, suba el lencero norabuena. Entró con cuatro piezas, pero salió sin ninguna, pagándole por ellas mas de cien ducados. Ya yo me tomara en la calle, dije á mi primo, que temo entre otra moza con toda la puerta de Guadalajara. Bien decís, me dijo; basta por ahora. Y sobra, dije yo, acordándome de mi doña Beatriz, que en todo el camino de Sevilla á Madrid no me pidió un jarro de agua, con tener al lado la Matorralba, que quitara los dientes á diez ahorcados.

Salí tan sin dinero como enamorado, y acordándome del refran que dice «tanto te quiero cuanto me cuestas», le dije á mi primo si era pretension aquella de muchos dias, y respondíome que no se alcanzaban tan brevemente aquellas conquistas, pero que la fuerte batería del tiempo todo lo rendía con el oro, sin embargo que aquellas damas aspiraban á matrimonio. Yo le dije: Si el señor mi primo me hubiera dicho antes de hacer la visita la palabra del esposo y la esposa, yo me hubiera desposado con mi cordura, y no desposeído de mi dinero. No lo digo por eso, dijo él, dígolo porque estime el señor Guadaña, cuando gozare tanta hermosura, mi cuidado y diligencia. Llegamos á mi posada, comimos juntos, y sin apartarse de mí, sino cuando dormia, me siguió quince dias, mucho mas que mi sombra. En ellos asenté plaza de verdadero amante, galanteando mi nuevo serafín de dia y de noche. Pidióme música, encargándome el secreto, que debia de importar no lo supiese don Cosme, y díjome que fuese única; parecióme que la pedía de una voz. Púsemme de ronda aquella misma noche, compré una buena guitarra en casa del Capon, y sin llevar conmigo amigo ni criado, dí con mi cuerpo gentil en la idolatría de mi dama, quiero decir en la calle de los Jardines, donde ella vivía. Hacia la noche oscura, y convidándome el silencio, empecé á rascar la guitarra y entonar la voz. Yo estaba enamorado, no podia cantar mal: no hube bien ó mal empezado á decir *Malograda fuentequilla*, cuando un alguacil de corte, que venia de ronda con su escriba al lado, se llegó á mí, diciendo con voz espantosa: ¿Quién va á la justicia? Quién va á la justicia? Señor mio, le respondí, la justicia se viene á mí, que yo no voy á ella. ¿Quién es, me dijo, qué hace aquí, dónde vive, qué oficio tiene, y de dónde viene? Esto dijo, quitándome la guitarra. Yo le respondí: De Sevilla soy, canto aquí, vivo aquí, y estoy aquí. Púsome la mano en los pechos, diciendo: ¿Sabe que

está hablando con un alguacil de corte? ¿Qué armas trae? Yo le dije que no traía sino mi espada; parecióle que la llevaría como la guitarra, y quiso quitármela; yo me retiré dos pasos atrás, diciendo: Señor, téngase á la justicia, téngase á la razón, y pida con cortesía la capa, pero no la espada; y suplicóme me vuelva la guitarra, que yo la rescataré á peso de plata. Esa no llevará, me respondió, recójase á su posada, y agradezca que no le meto en un calabozo. Ellos se fueron la calle abajo, que esta gente no va calle arriba, y yo quedé hecho músico de la legua, sin cantar en el teatro de mi dama.

Fuíme á mi posada, dormí lo poco que había de la noche, y á la siguiente, habiendo comprado nuevo instrumento, determiné, á pesar de la justicia, dar mi música. Aguardé á la una de la noche, y sentí que mi Angela se ponía al balcón; empecé á andar en punto con mi guitarra, cuando al primer verso dieron conmigo alguacil y escribano, diciendo: ¿Quién va á la justicia? Téngase á la justicia, y aquí de la justicia: La de Dios venga sobre tí, dije entre mí, y levantando la voz le respondí: Señor, téngase á la justicia, ¿quién ha de ir sino un hombre á quien quitó anoche una guitarra? Con esta serán dos, me dijo. Yo quise sacar la espada, pero no pude, porque sin sentir me rodearon tres corchetes, y el escribano cuatro, y me quitaron guitarra, espada y broquel, diciendo el alguacil: Por vida del Rey, que si le hallo otra noche alborotando la calle, que ha de dormir en un cepo. Fuéronse, y quedé tan corrido y afrentado, que no tuve aliento para disculparme con mi dama, que estaba viviendo, como otras muriendo de risa; y al cerrar el balcón dijo: Superior música, y entróse, dejándome, no á la luna, que no había salido, pero sin ella, que era peor.

Fuí á hablar con mi pariente y otros amigos suyos, que vivían seis casas mas arriba de la de mi dama; contéles mi desgracia, y díjeles que deseara vengarme del alguacil aunque me costase una vara. En el mismo instante que miré la casa, tracé mi venganza: tenía un medio patio con tres altos; compré una garrucha y una maroma fuerte, y de lo alto de la casa, que caía al patio y á la calle, le pusimos yo y mis camaradas cosa de cien quintales de peso; en el remate de la cuerda, que había de caer á la calle, pusimos un fuerte hierro volteado; este entraba en una argolla, que yo había de llevar asida en la pretina por las espaldas, de modo que estando asido uno de otro y soltando el peso de lo alto como tramoya de comedia, volaría una casa. Compré una guitarrilla ó un tiple pequeño, y púsele una cinta con un alfiler de á blanca, de modo que asida á las espaldas y dejándola de la mano quedaba colgada en la cintura. Con esta célebre invencion llegó la hora de ponerme asido de la argolla y cordel, y mis amigos en lo alto de la casa para soltar el peso.

Empecé á la una de la noche á tocar el tiple, abrí mi boca para beber en mi *fuentecilla*, y al primer cristal, sentí venir mi alguacil y escribano; Dios nos libre, arremetió á mí el ministro envarado, diciendo: Por vi-

da del Rey, que ha de dormir con los galeotes el pícaro bribon. Yo solté la guitarrilla, y como mi alguacil me visitase las manos y no la hallase, empezó con las suyas á abrazarme, por ver si traía armas dobles. ¿Adónde tiene la guitarra? me dijo. ¿Qué guitarra? le respondí, ¿viene loco usted? Yo, que sentí el estrecho abrazo que me daba, apretándole fuertemente, dije: Tira. Soltaron mis amigos el peso, y fuimos volando yo y mi alguacil por la region del aire. El pobre, que se vió levantar del suelo, empezó á decir: ¡Jesus mil veces, que me llevan los diablos! El escribano entendió que se lo llevaban, y fué corriendo como un galgo á la calle de Alcalá á dar testimonio que al alguacil N. se lo habían llevado los demonios. Yo, que había subido á lo alto con mi alguacil, le dije: Hermano, téngase á la justicia si puede, y por ahora apéese de aquí abajo. Soltéle; y dió con su cuerpo y aun con su alma en el jardín de la calle, ó por mejor decir, en la calle de los Jardines, y quedóse sin decir, Dios, valme. Yo entendí que le había despachado de esta vida para la otra, pero no fué así. Quitamos luego la tramoya, dejando raneando á Téngase á la justicia.

Fuimos en casa de doña Beatriz, á quien no había visitado por los nuevos amores de mi Angel, y ella, en pago de la rebeldía, estaba con mi juez tomándole residencia; llamamos á la puerta cuatro ó cinco veces, y no respondieron. Yo adiviné la causa, y dije á mi primo y á sus amigos: Esta ninfa está ocupada, si no me engaño; démosle un chasco, y sea luego. Fuimos en casa de dos albañiles amigos, y pagándoselo muy bien, les hicimos tapiar la puerta de la calle con yeso y ladrillo, y quedó de piedra y cal, cuanto mas de ladrillo y yeso. Fuéronse los oficiales, y pusimosnos frontero de la puerta rebozados para ver por dónde salía el galán de mi doña Beatriz. Amaneció su excelencia la señora Aurora, cuando vimos llegar al escribano y alguacil en busca del juez, y dijo el alguacil Arenillas: No es esta la puerta. ¿Cómo no? respondió el escribano, esta ha de ser. Vive Dios, dijo él, que estamos dormidos ó que hemos errado la calle. Dieron la vuelta seis ó siete veces, y por mas que el alguacil afirmaba ser aquella la misma calle, no quería el escribano dar fe y verdadero testimonio que era ella. Abrió la ventana la vieja Matorralba, saludó á los dos y díjeles: Entre el señor Arenillas y el señor Torote, que la moza fué á abrir la puerta; fué así, abrió la criada, y dijo de adentro: ¿Quién nos ha calafateado el ojo de nuestra casa? Quién nos ha cubierto y tapiado la delantera de nuestro albergue? Al ruido se asomó mi juez en camisa, y á su lado doña Beatriz. Que me maten, dijo la Matorralba en alta voz, si el soldado no nos ha hecho esta burla. Salimos donde estábamos escondidos, y dando vuelta á la calle llegamos al cerrado albergue; la Matorralba, que me conoció de la ventana, dió aviso al juez. La niña se desmayó, y el escribano y el alguacil nos dieron parte de la bellaquería que habían hecho á la ninfa. Yo les pregunté quién estaba dentro, y respondió el escribano que no podía dar fe de lo interior de aquel cerrado al-

cázar. Alborotóse la vecindad, y algunos vecinos mal intencionados llamaron la justicia para prender la justicia. Vino un alguacil de corte con su escribano; echó la tapia abajo, y por favor me dejaron entrar dentro por pariente de la niña, hallaron al juez perdido de vergüenza, á la ninfa ganada, y á la vieja sin ella; dieran por no haberme visto lo que yo diera por verlos como los vi. El juez habló con el alguacil de corte, y como se entiende esta gente por señas, todo se hizo á gusto de la niña.

CAPITULO VIII.

Cuenta don Gregorio la desgracia que le sucedió con el alguacil Torote, por cuya causa la prendieron.

Parecióme que había tomado satisfacción bastante de doña Beatriz y el alguacil de corte, de quien supimos aquel día que estaba para dar su alma al Criador. No me dejó de dar cuidado por los muchos testigos que había sobre el caso; pero en fe de ser cómplices todos, se sosegó mi espíritu. Sucedióme un día en la calle Mayor que vi en una de sus tiendas una dama de tan buen talle, que me llevó los ojos. Estaba comprando niñerías de cabeza, que no son pocas, y alzando el manto, vino de repente un relámpago de luz tan fuerte, que me turbó la vista. Yo había menester poco para olvidar una y querer otra, gala de que se visten los buenos cortesanos, cuando empecé á ofrecerla toda la calle Mayor, cuanto mas la tienda menor. Hízose de rogar; pero como no hay mujer que no guste de recibir, y todas son de tomar, bastó el ofrecimiento para empeñarme en treinta escudos, que se iban á las mil maravillas, y las letras cobradas mejor. Supliquéme dijese su casa, y díjome que era casada y no convenia: eché de ver entonces que era desgraciado en no preguntar primero; sin embargo, no quise perder ocasión de verla; pedíle me señalase sitio, y concedióme el Prado; bien le merecía por ser tan liberal; no di parte á don Cosme de mi nuevo empleo, y no pasaba día que no tuviese dos querellas, una de doña Beatriz, y otra de mi Angel, á quien iba á visitar por cumplimiento, por parecerme larga la pretension, y lo peor por haberme pedido por esposo, cosa que yo aborrecía tanto.

Llamábase mi tercera dama doña Lucrecia Luzan, y su criada me aseguraba, á pesar del marido, todo buen pasaje; porque su señora, decía ella, se había enamorado de mi talle, liberalidad y cortesía. Preguntéle qué oficio tenía su amo, y respondióme: ¿Usted pretende el oficio, ó la señora del oficio? Calle por su vida; pretenda para alcanzar, y pregunte para ignorar, que le conviene; ponga esta fortaleza en mis manos, que yo daré con ella en suelo. Paguéla la buena esperanza, que así se llamaba, y no reparé en mi locura, pues á lo que pareció despues, el marido de la señora Lucrecia era, no Tarquino, sino el alguacil Torote, ministro de mi juez.

Continué quince días en mi pretension, sin ir á su casa por no encontrar con Tácito; hablábala en la calle, rondábala de noche, sin música, acordándome de

Téngase á la justicia, si bien estaba cada día mejor. Llegó la hora de rendirse este fuerte, y díjome que no podía verla en su casa á causa de su marido, á quien, como dicho tengo, no conocía, ni quería conocer, por lo bien ó mal que me dijo la criada. Díjela que en mi posada la podía hablar seguramente; parecióle bien, y una tarde con todo secreto la coloqué en mi cuarto. No bien había entrado, cuando mi criado me dijo que mi primo me venía á ver; cerré la dama por defuera con intencion de volver luego, cuando veo á mi Angela y sus hermanas tirarme de la capa, diciendo: Oye, galán, véngase por aquí arriba, que tenemos que hablarle. Llegó mi primo, y dijo: Estas damas os acusaban la rebeldía, adios. Fuése, y dejéme entre ellas, que fué lo mismo que entre dueñas. Una me decía: Es un ingrato; otra: Es un vil caballero; otra: Es un fe mentido galán; y entre aquella, esta y la otra me llevaban poco menos que á galeras, pues iba forzado.

Parecióme que sería imposible volver á mi posada, y dábame mucho cuidado la ausencia que hacía doña Lucrecia de su casa, que me certificaba ser el marido el celoso extremeño, y le temía como el diablo, y aun mucho mas. Con este pensamiento busqué mi criado para darle la llave, y no le hallé; pedí licencia para ir las siguiendo á la deshilada, y no fué posible; depárome le fortuna, al llegar al corral del Príncipe, al alguacil Torote, marido de mi encerrada dama; como no le conocía por tal, apartéle á un lado, y contéle mi desgracia, suplicándole fuese á mi posada para sacar de ella á mi dama, por lo que importaba á su honor y el mio, disculpándome de no volver á ella, por ocasión de cierto embargo que la justicia había hecho en mi persona. El me dijo: Ya entiendo, descuide el señor don Gregorio, que todo se hará como dice. Fuése en mala hora á poner por obra su desgracia y la mia, pues abriendo mi cuarto y viendo dentro su propia mujer, la dió cuatro puñaladas celosas, y dejándola por muerta, se salió de la posada, y me fué á buscar para hacer lo mismo.

Alborotóse la casa, y juntamente la vecindad, y hallando el horrible espectáculo, se dió parte á la justicia; escapóse mi criado de ella, y vino á buscarme á casa de doña Angela; yo cuando lo supe quedé sin juicio, no pudiendo adivinar lo cierto del caso; salí sin dar parte al origen de mi daño, y fuí á buscar á mi primo; no lo hallé, y como todo el mundo está lleno de soplones, y los malsines son cañutos de mayor esfera, no faltó quien me llevó la justicia á casa de don Cosme. Pusieronme en la cárcel á mí y á mi criado, adonde pagamos, yo lo que no había comido, y él lo que no había solicitado.

CAPITULO IX.

De lo que le sucedió á don Gregorio hasta salir de la cárcel.

Vínome á visitar á la cárcel el juez y díome cuenta de toda mi desgracia, que aun yo no la sabía: díjome cómo su alguacil Torote era marido de mi dama, pero que estaba con esperanzas de vida, y como mi amigo